

LA CHANCA

JUAN GOYTISOLO

Prólogo de José Ángel Valente

JUNTA DE ANDALUCÍA
Consejería de Obras Públicas y Transportes
Dirección General de Arquitectura y Vivienda

03 LA PERSPECTIVA DE ALMERÍA, VISTA DESDE EL HACHO DE LA ALCAZABA, es una de las más hermosas del mundo. Por tres pesetas, el visitante tiene derecho a recorrer los jardines desiertos, escalonados en terrazas, y puede sentarse a la sombra de un palisandro a contemplar un cielo azul, sin nubes. En el interior del recinto la calma es absoluta. El agua discurre sin ruido por los arcaduces y las abejas zumban, borrachas de sol. Las pencas de los nopales orillan el sendero que conduce a la torre del campanario. Un piquete de obreros retira escombros de una cisterna. El camino zigzaguea entre los chumbares y el forastero se detiene a admirar el mazo florido de una pita. Luego, cambiando de rumbo, prosigue su ascensión por el adarve, hasta la atalaya del torreón.

El barrio de La Chanca se agazapa a sus pies, luminoso y blanco, como una invención de los sentidos. En lo hondo de la hoya las casucas parecen un juego de dados, arrojado allí caprichosamente. La violencia geológica, la desnudez del paisaje son sobrecogedoras. Diminutas, rectangulares, las chozas trepan por la pendiente y se engastan en la geografía quebrada del monte, talladas como carbunclos. Alrededor de La Chanca, los alberos se extienden lo mismo que un mar; las ondulaciones rocosas de la paramera descabezan en los estribos de la sierra de Gádor. El descubrimiento abarca una amplia panorámica y el observador se siente un poco como el Diablo Cojuelo. Los habitantes del suburbio prosiguen su vida aperreada sin preocuparse de si los miran desde arriba. De vez en cuando, un guía pondera las maravillas del lugar y los turistas se asoman por las almenas y lo acribillan con sus cámaras.

La primera vez que estuve allí permanecí varias horas acodado en el parapeto. Recuerdo que la víspera había dormido en Granada y, aquella prodigiosa combinación de cal y luz, tan distinta del paisaje pardo y ocre de los miradores de la Alhambra, me impresionó de modo profundo. Era la misma diferencia que existía entre la belleza hosca de la Alcazaba y la seducción fácil del Generalife –con sus adelfas, cipreses, surtidores y estanques. La mareta sorda de las voces subía como un jadeo animal. Después, al quitarse el sol, los colores se disolvieron en la penumbra. Los gritos de las mujeres y chiquillos se espaciaron y se hicieron más plañideros. El miedo ancestral de la noche se había adueñado del barrio e, instintivamente, la gente buscaba un refugio y se recogía en su guarida.

Aquella mañana, en el torreón, coincidí con un grupo de visitantes. Eran cinco o seis extranjeros –robustos y jóvenes– probablemente embarcados en algún buque de mercancías. El español que les acompañaba resultaba más difícil de identificar. Pequeño, seco, su expresión taimada contrastaba con el rostro plácido y lustroso de los otros. El hombrecillo llevaba los faldones de la camisa fuera y fumaba un cigarro, haciendo vedijas con el humo. Cuando pasó por mi lado le oí chapurrear el extraño inglés de los andaluces del Campo de Gibraltar. A trechos, se veía obligado a recurrir a locuciones castellanas y remataba las frases inconclusas con ademanes y gestos, rápidos y expresivos:

–Espanis dans... Los españoles llevamos la alegría en la sangre...

Y, alargando el brazo peludo, mostraba a los demás las venas de la muñeca por donde corría la alegría.

Yo pensaba otra vez en el Gran Cáncer, en la nueva encarnación del Gran Cáncer, y recordaba las escenas en el puerto de Barcelona la primera vez que apareció, y quería olvidar, y no lo lograba. Llevaba aún el ejemplar de *Yugo* en el bolsillo y, al bajar la cuesta hacia el malecón, leía los titulares. Durante media hora anduve cantoneando por el puerto. Un hormiguillo de estibadores portea sacos a la bodega de un buque; sentados en el suelo, los pescadores tibatán y remallaban las redes. En el carenero había media docena de barcas varadas, y me acerqué a ver. Los obreros calafateaban el casco de una traína y, sobre la cubierta de otra, descubrí una parva de niños en cueros. Parecían lombrices oscuras, recién salidas de la tierra, y reían y se mostraban el sexo unos a otros con un candor que desarmaba. A pocos pasos de allí, dos muchachas desvanecidas de su propia belleza jugaban al tenis en la pista del elegante Club de Mar.

Llegado a la desembocadura de la rambla, torcí a la derecha. En el zoco de Plaza Pavía los chiquillos estaban al husmo y, a la menor distracción de los vendedores, agarraban alguna fruta, un corrusco de pan o un puñado de lentejas y lo zambucaban con rapidez en sus bolsillos. El recuerdo del Gran Cáncer me asombraba el ánimo y entré a beber en un bar.

Era un establecimiento oscuro, con toneles de vino, un mosquero colgado del techo y paredes cubiertas de calendarios. En las mesas había varios corrillos de hombres jugando a cartas. El patrón tenía una cuarentena de años y llevaba un delantal sujeto a la cintura. Calvo, de cejas pobladas, sus ojos parecían dos agujeros negros. Instalado tras la barra, con los brazos cruzados, observaba el sol de la calle con expresión indefinible.

–¿Qué ha de ser?

–Un tinto.

Enfrente de él, un hombrecillo orejudo leía el mismo periódico que yo y chascaba la lengua y movía la cabeza, como dando a entender que la significación del texto le escapaba. A intervalos se paraba buscando inútilmente la mirada del dueño pero, al cabo, desistía y se aplicaba de nuevo a la lectura con renovado estupor.

–Naranjas exportadas –dijo.

Se volvió hacia mí y, al ver la cajetilla de *Gitanes*, me examinó de cabeza a pies y se pasó la mano por los labios.

–Caray –hablaba dirigiéndose al patrón–. ¿Cuánto tiempo hace que no has rascao uno de esos?

El dueño descruzó los brazos y se inclinó a mirar la cajetilla. Luego posó los ojos en mí.

–Lo mismo que tú –dijo.

A su cara había aflorado una sonrisa y alargó la mano.

–¿Me permite? –murmuró.

–No faltaba más.

El patrón sostenía la cajetilla como un objeto frágil, o infinitamente precioso, acariciando el cartón con los dedos.

–¿Te acuerdas?

–Cómo no me voy a acordá... La de noches que nos hemos tirao tú y yo al raso, con uno de esos jodíos paqueticos...

–El último me lo fumé en la estación de Barcelona.

–Yo me traje un cartón al volvé. Se lo di a mi sobrino, el de la Encarna... Si lo llevo a sabé me hubiera quedao con uno de recuerdo...

El patrón hizo ademán de devolverme la cajetilla y dije que podía quedársela.

–Tengo otras –añadí.

–Hombre, no le diré que no –había sacado una mecha del bolsillo y, después de ofrecer la cajetilla al compañero, encendió un *Gitane* y aspiró el humo con regosto–. Si no es indiscreción, ¿dónde lo ha encontrao usted?

–Lo he traído de Francia.

–Ah, viene usted de allá –ahora, el patrón miraba el resol de la calle–. ¿Y cómo van las cosas por la Francia?

Yo le repuse que poco más o menos como allí. Tan sólo que la gente ganaba más.

–Sí –aprobó el patrón–. Ya me lo han contaos los amigos.

El hombrecillo terció para decir que yo hablaba así porque vivía fuera.

–Si fuese escuchao a mi hermano, a estas horas estaría en Tulús trabajando en algún gara-je. Aún no entiendo por qué colgué el empleo y me volví.

–Porque la tierra te tiraba como a tos –dijo el patrón–. Los hombres como tú y yo no podemos acostumbrarnos.

–¿Y al hambre? ¿Te has acostumbrao tú al hambre? ¿Y a pedí fiao en las tiendas la mitá de las semanas? ¿Y a pagá cuarenta duros de alquiler por una chabola en donde no vivieran ni las ratas?

–No me entiendes –repuso el patrón–. Te decía que, largándose afuera, las cosas no se arreglarán ni puén arreglarse. Al contrario, empeorarán de día en día.

Algunos jugadores de las mesas se habían aproximado a nosotros y, al oír la conversación, se detenían y escuchaban, sin decidirse a meter baza. Eran mecánicos o pescadores, vecinos del barrio, pues conocían al patrón y le aprobaban en silencio. El más joven –un muchacho rubio, de facciones rebultadas– acechaba el movimiento de sus labios y, por su expresión, barrunté que era sordomudo. Uno de los amigos le explicó algo con una serie de ademanes veloces. Muy excitado, el mudo le contestó de igual manera. El patrón decía que la solución de los problemas dependía de la acción coordinada de todos, y sus compañeros se animaron al fin y echaron su cuarto a espadas.

–Es que lo traen a uno como un zarandillo... Te dicen blanco, y tú blanco... Negro, y tú negro... Y nadie bulle ni pie ni mano.

–¿Qué quís hacé? ¿Pedí las pajaricas del aire?

–No sé. Algo.

–Los pobres tenemos el santo de espaldas.

–Si hubiera unidá...

–Y dale con el maldito hubiera.

–La culpa no es de nosotros.

–La culpa es de tos... Ca uno tira por su lao y así andamos, como vacas sin cencerro.

Los dos hombres se trabaron de palabras, maldiciendo su suerte y el dueño me sirvió un caldo de Albuñol. Era un clarete de una hoja, de asperillo delicioso, que se bebía sin darse uno cuenta.

–Aquí no hay que embocarlos ni encabezarlos, como en otros puestos –dijo.

Yo lo paladeaba lentamente y le pedí otro. En la taberna había irrumpido un grupo de cantores y la conversación desmedraba. El patrón quiso saber de dónde era y en qué lugar vivía y, mientras sus amigos me rodeaban en silencio, le contesté lo mejor que pude y él habló de Argelés y Saint-Cyprien, Chinchilla y Ocaña.

–Cuando los alemanes, anduve en el maquí. En mi patrulla había tres tipos de Albox. Gente estupenda. A uno, le afusilaron en Grenoble.

Los recién llegados palmeaban sin darse punto de reposo y me despedí de los compañeros. Fuera, el sol llameaba como un chivo. La luz reverberaba en los muros de las casas y la resolana hacía daño a los ojos. El paisaje entero parecía un horno de cal.

Por unos momentos vagué sin saber a dónde me llevaban los pasos. La letanía desamparada de los hombres resonaba como un martinete en mi cerebro. Luego me acordé del recado de Vitorino y eché a andar por la costanilla, camino de La Chanca.

12 DURANTE UNOS MINUTOS ANDUVIMOS CAMINANDO POR LAS CALLES que había recorrido por la mañana. El Luiso quería presentarme a un tal Luciano, persona de absoluta confianza según decía, y yo le seguía un tanto a la deriva, secuestrado por la idea del Gran Cáncer. Estaba convencido de que cualquier tentativa de explicación sería inútil si no partía desde el comienzo y me esforzaba en llegar a la raíz última de las cosas. La Chanca era un ejemplo entre mil de una misma –trágica, abrumadora– realidad. Mi furor había cedido paso a un asombro sin límites y, mientras el Luiso maldecía su suerte y la mía y la de nuestros prójimos, imaginaba que todo era una alucinación, un espejismo de borracho, un mal sueño que no acababa, una pesadilla violenta.

Vista de fuera, la taberna me resultaba vagamente familiar y, cuando entramos, reconocí al patrono calvo, de cejas peludas, que había combatido en la Resistencia y a quien di mi paquete de *Gitanes*.

Continuaba acodado en la barra, en la misma postura en que lo había dejado y me observó con sus ojos oscuros, vivísimos.

–¿Qué tal el paseo?

Parecía contento de verme y, por la expresión atónita del Luiso, comprendí que era Luciano.

–¡Jodé! –dijo–. ¿Os conocíais?

Luciano buscó la cajetilla de *Gitanes* y me alargó el mechero.

–Estuvo por aquí esta mañana –repuso.

–¿Hablasteis?

–Sí, pegamos la hebra un ratico.

El Luiso refirió la historia de mi visita al Cartagenero y, reunidos los tres en torno a una jarra de Albuñol, comentamos las cosas que ocurrían en España; a Luciano le brillaban los ojos y dijo que nunca se había visto nada igual en todo lo que el sol cobija.

–Explíqueme usted –murmuró, encarándose conmigo–. ¿Existe un país como el nuestro?

Yo tenía el cuerpo acorchado de cansancio y no le contesté. La mujer y la suegra del Luiso habían venido a buscarle y Luciano nos llevó a una mesa algo alejada de las otras. Las dos me sonreían ahora como si nos conociéramos de toda la vida y estuve a punto de gritar.

–¿Lo pasaron bien?

–Muy bien –dije.

La abuela me contemplaba con sus ojos tranquilos y me acordé de la carta de Grenoble y de los franceses que le sacaron fotografías y vacié mi vaso con avidez.

–Hace años y años que pienso, y ca día entiendo menos –dijo Luciano.

Había movido los labios para añadir algo, pero mudó de opinión y se limitó a amorrar la cabeza.

–Antes, las palabras significaban alguna cosa... Había palabras buenas y palabras malas... Uno sabía a qué atenerse.

Miraba por tierra ensimismado y tragó saliva.

–Ahora, no. Uno las lee y no sabe qué quién decía... Ya no hay palabras buenas ni malas... Sólo corren buenas palabras.

Luciano se expresaba con dificultad y, mientras se detenía a tomar aliento, reparé en las arrugas de sus mejillas. Eran unas señales que conocía bien, fruto de un amor desesperado e inútil, de un hermoso deseo contrariado. En cada pueblo de Almería había mujeres y hombres con arrugas parecidas y pensé en Vitorino y me sentí lleno de congoja.

–Sin duda, la pregunta es absurda, pero quisiera que alguien me aclarara este misterio... Las palabras en las que uno creía han perdido su significado... Uno las escucha todos los días y no las reconoce ya...

Luciano me miraba, fija, dolorosamente, y asentí con la cabeza.

–Por ejemplo, «nosotros»... ¿Quiénes somos nosotros?... Uno ve escrito «somos», «tenemos», «hacemos», «queremos», y no es, ni tiene, ni hace, ni quiere lo que reza el diario... Son ellos, y no nosotros... Es un «nosotros» que no es nuestro...

–¿Y qué quís que hagamos? –dijo el Luiso.

–Aquí finca el asunto –Luciano parecía perplejo–. Na de lo que tenemos nos sirve. ¿Por dónde comenzó?

La abuela había aparejado el oído y, como al mediodía, seguía la conversación sin meter baza.

–Hay que hilá muy delgao –dijo el Luiso.

–El problema es difícil –admitió Luciano–. Uno no tiene na que reprocharse en apariencia y, sin embargo, lleva su parte de culpa en todo lo que ocurre...

Bajando la voz, explicó que la honradez no bastaba. Yo, el Luiso, él mismo, éramos demasiado buenos. Cuando recibíamos un golpe nos habíamos acostumbrado a poner la otra mejilla. Únicamente la cólera podía salvarnos.

–No sé si me expreso bien –agregó.

La abuela movió la cabeza y dijo que no comprendía. Desde luego ella no sabía de la misa la media, pero toda la vida se había sacrificado para ganar el pan a los hijos. Siempre había procurado por el prójimo. Los pobres no llamaban en vano a su puerta.

–¿La cólera? –murmuró–. ¿Por qué la cólera?

Luciano se removía nerviosamente en la silla y dijo que los almerienses merecían su condición, puesto que la soportaban resignados. Él pensó también al comienzo que ser buen padre, y esposo, y amigo, era suficiente y había llegado a la conclusión de que la honradez no bastaba.

–Cuanto apechamos ahora es poco. Nos creemos a salvo y no lo estamos. Hemos de llevá las cosas más lejos.

El Luiso dijo que tenía razón. Los franceses de Grenoble eran responsables de la muerte de Juan como los almerienses de lo sucedido con Antonio. La culpa correspondía a todos (éstas fueron sus palabras) y no correspondía a nadie. Y, de improviso, cuando nadie lo esperaba, la abuela empezó a llorar.

Fue algo tan brusco que, a la vista de las lágrimas que generosamente corrían por las mejillas, me costó establecer una relación entre el hecho físico y la causa de su tristeza. El hermoso rostro de la abuela no mostraba dolor ni sufrimiento alguno. A través de él, por el contrario, parecía transflorar una maravillosa serenidad; pero las lágrimas estaban allí, brillantes, incontenibles y ninguna mano caritativa osaba el ademán sacrílego de alargar un pañuelo y enjugarlas.

Yo pensaba todavía en La Chanca, en la sociedad de hombres desposeídos de La Chanca y el llanto mudo de la abuela me alcanzaba muy hondo. Había una fuerza inexplorada en nosotros, acaso una posibilidad de heroísmo. Luciano y el Luiso la habían descrito sin nombrarla. Se llamaba solidaridad.

Durante largo rato –en tanto que yo me volcaba en el Albuñol– hablaron de Almería y sus hombres, y sus historias evocaban hambre e injusticia, miedo e injusticia, dolor e injusticia, muerte e injusticia –y Luciano bebía el vino con rabia y repetía: «Faltan árboles, ¿oís? Faltan árboles...»

Cuando me recobré, la abuela se secaba sus lágrimas torpemente y se volvió hacia mí.

–¿Se acuerda usted de aquellos franceses que subieron a vernos y retrataron a mis nietecitos?

Contemplé sus ojos azules, casi infantiles. La abuela miraba recto delante de ella y en su rostro había una nueva luz.

–Sí –dije.

–A veces una hace las cosas sin comprendé... Creo que si vinieran ahora les maldeciría.